

VI Domingo Pascua

Hechos de los apóstoles 10, 25-26. 34-35. 44-48; 1 san Juan 4, 7-10; Juan 15, 9-17

« *Éste es mi mandamiento:
que os améis unos a otros como yo os he amado* »

13 Mayo 2012 P. Carlos Padilla Esteban

« *El amor de Dios nos capacita para ver su belleza y descubrir su rostro en el barro.
Su amor nos permite mirar con sus ojos, con una mirada más amplia* »

Muchas veces tenemos una mirada muy pobre y no somos capaces de ver a Dios en los demás. Nuestros vínculos humanos, vínculos de esposos, de hijos, de padres, de hermanos, de amigos, no nos conducen a lo alto, no nos llevan a Dios. Nos quedamos en los límites, en las sombras y no vemos la luz. Tendríamos que aprender de una persona que el otro día me comentaba cómo veía el reflejo de Dios en su novia, con la que pronto se iba a casar: *«El reflejo, a veces deslumbrante, y otras veces más tenue, de la dicha que nos tiene reservada el Señor para cada uno de nosotros»*. La veía como un transparente de Dios y en su presencia comenzaba a vivir la dicha a la que todos estamos llamados. Pero hemos perdido la inocencia en la mirada. Ya no miramos como los niños, que son capaces de ver a un Dios todopoderoso en los gestos limitados y torpes de sus padres. No creemos en la autenticidad de la vida que se nos presenta ante nuestros ojos, dudamos y desconfiamos. Tendemos a ver el defecto, la crítica, la imperfección, la impureza, con gran facilidad. Si alguien nos menciona las cualidades de otra persona, en seguida destacamos sus límites. Olvidamos las grandes virtudes de aquellos que despertaron nuestra atracción en un primer momento, cuando comenzamos a ver sus defectos. El amor de Dios tendría que llevarnos a ver a Dios en las personas que pone en nuestro camino. Sin embargo, muchas veces no lo logramos. Las palabras de Benedicto XVI son muy claras: *«La fe se basa en sabernos amados por Dios y eso significa, no sólo una respuesta afirmativa a Dios, sino también a la creación, a las creaturas, sobre todo a los hombres, intentando ver en cada uno la imagen de Dios y de este modo llegar a ser personas capaces de amar»*¹. El amor de Dios nos debería capacitar para ver su belleza y descubrir su rostro en el barro. Su amor nos permite mirar con sus ojos, con una mirada más amplia. **Nos permite admirar y alegrarnos de la grandeza del hombre.**

En este mes de María colocamos a nuestra Madre en el centro de nuestras vidas y le pedimos que nos eduque como personalidades sanas y santas. Una persona le confiaba así a María su debilidad y anhelaba, con estas palabras, la transformación de su capacidad de amar: *«Gracias por querer mi corazón miserable, pero de hija que desea y acepta tu amor con la esperanza de que transformes mi debilidad ante la dificultad, en grandeza de ánimo; mi falta de confianza, en alegría de vivir en ti, creyendo en tu misericordia; mis juicios en caridad de obras y pensamientos; mis exigencias en ternura; mi rechazo a la cruz en aceptación; mi egoísmo en donación y servicio a los demás»*. Necesitamos ser transformados en el fuego del Espíritu para poder vencer tantos miedos que nos paralizan. Necesitamos recitar cada día de esta forma la misma súplica: ¡ven, Espíritu Santo! María puede cambiarnos si nos ponemos en sus manos. Una persona decía: *«La Mater me fue llevando de su mano a Dios, dándoles ellos un sentido más pleno a mi vida. Me enseñaron que las prioridades de la vida eran otras muy distintas a las que yo tenía. La verdadera prioridad que tenemos es ser santos, aquí, hoy, en nuestro día a día»*. De la mano de María aprendemos a recorrer el camino de la santidad y descubrimos que es nuestra única misión. Si anhelamos ser santos, si reflejamos en nuestra familia el rostro de

¹ Benedicto XVI, “La sal de la tierra”, 126

Dios, estaremos siendo fieles a la misión que se nos encomienda. Estaremos trabajando por una comunidad sana que *«se construye sobre el fundamento de la personalidad libre. Porque la masa y la masificación eliminan la personalidad libre»*². María despierta nuestra originalidad, nos educa como hijos especiales y únicos. María quiere que soñemos con ser santos, quiere que nuestro deseo sea vivir para Dios. Decía Domingo Savio, a quien celebramos la semana pasada: *«María, te doy mi corazón, haz que sea siempre tuyo»*. Este niño miraba a María, quería que Ella educara su corazón y lo asemejara al suyo. Le decía a Don Bosco: *«Tengo una absoluta necesidad de ser santo»*. **¿Y nosotros? ¿Tenemos necesidad de ser santos?**

Dios nos acepta a todos como somos, en nuestros límites, sin hacer distinciones. Las palabras de Pedro son claras al respecto: *«Cuando iba a entrar Pedro, salió Cornelio a su encuentro y se echó a sus pies a modo de homenaje, pero Pedro lo alzó, diciendo: -Levántate, que soy un hombre como tú. Pedro tomó la palabra y dijo: - Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Todavía estaba hablando Pedro, cuando cayó el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban sus palabras. Al oírlos hablar en lenguas extrañas y proclamar la grandeza de Dios, los creyentes circuncisos, que habían venido con Pedro, se sorprendieron de que el don del Espíritu Santo se derramara también sobre los gentiles. Pedro añadió: - ¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros? Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Le rogaron que se quedara unos días con ellos»* Hechos de los apóstoles 10, 25-26. 34-35. 44-48. Dios no hace distinciones, sin embargo, nosotros sí las hacemos. Solemos considerar a unos más santos y a otros más pecadores. Juzgamos por las apariencias y nos dejamos llevar por los prejuicios. Desconfiamos de la santidad de aquellos a los que más conocemos y dudamos del poder de Dios para cambiar los corazones. Nosotros mismos muchas veces no nos consideramos dignos porque nos cuesta mucho creer en su perdón. No perdonamos nuestros pecados de la vida pasada. No los olvidamos ni creemos realmente que Dios lo olvide todo. Vivimos bajo la losa de nuestros actos carentes de amor. Construimos entonces sobre terreno poco seguro cuando no somos capaces de perdonarnos y volver a comenzar. Porque no nos acabamos de fiar de Dios y de su amor. No construimos sobre roca en nuestro corazón porque el perdón no llega al alma, no toca lo más profundo. No permitimos que el perdón de Dios nos cambie. Hemos construido una barrera, un muro, que impide el paso de su amor. No nos creemos las palabras de Pedro: *«Está claro que Dios no hace distinciones»*. Creemos que Dios sí distingue, por un lado los buenos, por otro los no tan buenos, los más pecadores. **Imaginamos un cielo para los grandes santos y otro inferior para los débiles.**

Las lecturas de hoy son una invitación a creer en el amor de Dios para poder amar como Él nos ama. Así lo escuchamos en la lectura de San Juan: *«Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados»* 1 san Juan 4, 7-10. Dios es amor. Esta verdad se nos olvida. No percibimos su amor. Una persona me comentaba: *«Cada vez soy más consciente de cuánto dudo del amor de Dios. No puedo creer en que Dios me ama de verdad, a la mínima que me pasa algo ya pienso que este amor no es como me lo quiero imaginar. Últimamente me da rabia dudar tanto de este amor que tanto deseo y necesito para ser lo que Dios quiere de mí»*. Nos cuesta creer en su amor. Creemos en la justicia de Dios, en su verdad y en su omnipotencia, antes que en su amor. No somos capaces de percibir su amor, ese amor que nos hace grandes. Ese amor que son las caricias que recibimos a diario en nuestro caminar. Su amor nos levanta del polvo y nos capacita para amar. Su amor nos sostiene y nos hace fieles. Tenemos que aprender a descubrir los signos concretos de su amor en nuestra vida. **Lograremos amar mejor cuando logremos percibir el amor de ese Dios que nos ha amado primero.**

² J. Kentenich, "Educación mariana para el hombre de hoy", 126

Se trata de cambiar esa imagen que tenemos de Dios. El otro día leía: *«Yo no había comprendido aún que su amor es gratuito y que nos quiere más allá de nuestras fidelidades o infidelidades. Dios no era el centro de mi vida. Yo era el centro, yo tenía que ser perfecto delante de Dios, no podía permitirme un error porque, en el fondo, me había hecho la idea de que tenía que merecer el amor de Dios. Si no era perfecto a los ojos de Dios no podía ser merecedor de su cariño»*³. A veces condicionamos su amor a nuestro comportamiento y olvidamos las palabras de Jesús. Nos habla de ese amor que Dios nos tiene en el que es necesario permanecer: *«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor»*. Permanecer en el amor de Dios parece fácil cuando lo decimos, pero luego en la vida no es tan sencillo. Guardar sus mandamientos como un camino de vida, como un crecimiento en la fidelidad. Pero, ¿Cómo podemos permanecer siempre en su amor? Se nos olvida el camino. Sobre todo cuando interpretamos el amor como un sentimiento, como un juego de emociones. Cuando dejamos de sentir a Dios en la oración y no notamos su fuerza en el alma en nuestro camino. Cuando el corazón no arde al escuchar sus palabras y no tenemos luz, sino sólo oscuridad que pesa en el alma, es más difícil hablar del amor de Dios. Sin embargo, es el único camino. **Necesitamos permanecer en su amor, vivir en su presencia y alegrarnos en las misericordias que brotan de su corazón.**

Porque entonces se harán realidad las palabras de Cristo: *«Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud»*. Es necesario entregar el Evangelio desde la alegría. Y la alegría sólo nos llega si permanecemos en Dios. Deseamos una alegría que dure, que no se gaste con el paso de los días. Cualquier éxito en la vida, en lo familiar, en el mundo del trabajo, en el deporte, despierta una alegría que es pasajera. Pero tanto el fracaso como el éxito nos alegran o turban durante un tiempo y luego sigue el camino. Al final la vida sigue y nos olvidamos. Porque ocurren nuevas cosas y todo va muy rápido. Todos queremos ser felices siempre, pero no con una alegría que nos embriague y sólo nos deje nostalgia al desaparecer repentinamente. No queremos satisfacer simplemente los deseos que brotan en el alma, queremos vivir con la alegría serena del que se sabe amado y ama y, al amar, no teme. Se preguntaba Benedicto XVI: *«¿Cómo llegará a ser feliz el hombre? ¿Qué tiene que hacer exactamente con su vida para serlo? ¿Es verdad que él sólo puede ser su propia norma para ser feliz?»* Y su respuesta es muy clara: *«Hemos sido creados para el amor, para la entrega, para la renuncia, sabiendo negarnos a nosotros mismos. Sólo si nos damos, sólo si perdemos la propia vida tendremos vida. Cuando el hombre sabe someter sus derechos y se deja podar, es cuando puede madurar y dar fruto»*⁴. Queremos ser felices y entendemos que la felicidad se logra dando y recibiendo amor. Cuando queremos retener lo que hemos recibido, cuando queremos conservar egoístamente nuestra alegría, perdemos la paz. Lo sabemos. No se trata de un amor de puro sentimiento. No, el amor que nos plenifica y hace felices es un amor que se entrega. El amor implica renuncia y donación, así madura. Si nos guardamos la vida para nosotros, si caemos en el egoísmo, nos perdemos torpemente. Quisiéramos que el amor de Dios moviera nuestra vida. Quisiéramos que Él fuera nuestra prioridad en el camino. No obstante, nos preguntamos con el P. Kentenich: *«Conocéis a muchas personas, os conocéis a vosotros mismos. Preguntaos: ¿cuál de estas personas puede decirles: en mi vida es así; en mi vida, Dios y el amor de Dios son el motivo principal de todas mis acciones?»*⁵ Y añadía él mismo: *«No creo que conozcan a muchas personas fervorosas que digan con determinación: en mi vida el amor es el motivo central»*⁶. Tenemos otros muchos motivos para actuar. **Nos mueven nuestros intereses y deseos, nuestros temores y pasiones. Dios no está en el centro y nuestras prioridades con frecuencia no están nada claras. Giramos egoístamente tratando de dar respuesta a los gritos de insatisfacción de nuestro corazón.**

³ Alberto Reyes Pías, "Historia de una resistencia", 44

⁴ Benedicto XVI, "La sal de la tierra", 178-179

⁵ J. Kentenich, "Las fuentes de la alegría", 239-240

⁶ *Ibidem*, 240

Por eso muchas veces vivimos inquietos y sin esa alegría que viene de Dios. Es verdad que el mundo es bueno, porque es el reflejo de la bondad y del amor de Dios. Pero a veces no anclamos en la tierra sin despegar del suelo. Comentaba Benedicto XVI la realidad del corazón del hombre de hoy: *«Si el sujeto autónomo es el que tiene la última palabra, entonces, también puede quererlo todo. Y quiere de la vida lo máximo que se pueda obtener de ella. Dicen: -la vida es breve y complicada, tengo que conseguir todo lo que pueda de ella y eso no me lo podrá impedir nadie»*⁷. Esta mirada sobre nuestra vida es más común de lo que a veces pensamos. Decía el P. Kentenich: *«Si mi corazón está apegado a otras cosas terrenas, será difícil que mi oración sea un diálogo. Y si no llega a ser un diálogo de palabras, menos aún un diálogo del corazón. Somos mudos en la medida en que nos olvidamos de hablar espontáneamente con Dios vivo sobre lo que conmueve nuestro corazón, nuestros asuntos e intereses personales. Somos sordos en la medida en que nos olvidamos de escuchar a Dios, que nos habla en las inspiraciones interiores o a través de los acontecimientos personales y mundiales»*⁸. Si estamos demasiado apegados al mundo es muy difícil que Él viva en nosotros. Será difícil que escuchemos su voz y sus insinuaciones. Cuando no vivimos en el amor de Dios, cuando no descansamos en su mirada, nos pasa lo que comentaba una persona: *«Si no siento este amor, si no vivo anclada en el corazón de Padre, se me desordenan todas las relaciones humanas. Entonces empiezo a buscar el cariño de los demás. Empiezo a hacer cosas por los demás "sin norte", y comienzo a juzgar a los que no hacen lo que tienen que hacer»*. Cuando no descansamos en Dios, mendigamos el amor de los demás y esperamos que actúen de tal forma que llenen el corazón insatisfecho. Nos volvemos más críticos y vemos el barro antes que la luz de Dios. Muchas veces, en la búsqueda del amor, nos frustramos, porque nada nos llena. El otro día leía: *«Se sintió desengañada, sometida a un tormento emocional que tomó forma de desesperación, desazón, crisis, enfado, frustración. Y es que, aunque todavía no lo sabía, el otro sólo podría darle aquello que tenía y le correspondía por su posición, aun queriéndolo dar todo y amando plenamente»*⁹. Exigimos a la vida, al mundo, a los hombres con su corazón limitado, que llenen el pozo de casi infinito de necesidades que llevamos en el alma. **Nada calma nuestra sed de infinito. Y llega la frustración.**

Las palabras de Jesús son claras. El amor que espera de nosotros es un amor que nos supera, un amor más grande que nuestro propio corazón. ¿Cómo es posible amar así?: *«Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado»*. El mandamiento principal que nos deja es el del amor. Comenta San Gregorio: *«Estando todas las palabras del Señor llenas de preceptos, ¿no pueden todos los preceptos reducirse a uno, supuesto que todos se basan en la caridad? Porque así como de un solo tronco nacen muchas ramas, así también muchas virtudes se derivan de la caridad»*. En el precepto de la caridad se encierra todo lo demás, todos los mandatos de Dios. Pero no es un amor como el nuestro. Nuestro amor es limitado y lo entregamos con cuentagotas, esperando siempre una contrapartida. El amor de Cristo, sin embargo, es un amor diferente. Continúa el Señor: *«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis el Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros»* Juan 15, 9-17. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Así debería ser nuestro amor. La amistad surge por esa atracción difícil de definir que nos hace deseable la cercanía de una persona. Decía el P. Kentenich: *«Amistad significa un estar uno en el otro interiormente, con el alma. Una armonía de los corazones»*¹⁰. Así debería ser nuestra intimidad con el Señor y así debería ser nuestro amor a los hombres. Un amor que nos trasciende y supera nuestros límites. Un amor en el que se manifiesta la intimidad. San Agustín comenta cómo ha de ser

⁷ Benedicto XVI, “La sal de la tierra”, 178

⁸ J. Kentenich, “Tú y tu Dios, reflexiones sobre la oración”, 31

⁹ Joan Garriga Bacardí, “¿Dónde están las monedas?”, 17-18

¹⁰ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 269

este amor: «Este amor debe distinguirse del que los hombres se profesan como hombres. Por eso dice: -Como yo os he amado. ¿Para qué nos amó Cristo, sino para que pudiésemos reinar con Él? Amémonos mutuamente también con este designio». Es un amor que supera nuestra torpeza. **Un amor que nos parece imposible de alcanzar si es que no lo recibimos como un don.**

Por eso miramos a María, para suplicar que transforme nuestro corazón frágil y nos enseñe a amar como Dios nos ama. A lo largo del mes de María repetimos una oración del P. Kentenich: «Aseméjanos a ti y enséñanos a caminar por la vida tal como tú lo hiciste, fuerte y digna, sencilla y bondadosa, repartiendo amor, paz y alegría. En nosotros recorre nuestro tiempo preparándolo para Cristo Jesús». Miramos a María para caminar a su lado y entregar su amor a muchos corazones. Queremos que nos enseñe a amar como Ella amó. La enseñanza de S. Juan de Ávila nos es muy útil: «A quien quisiese ser padre, conviéndole tener un corazón tierno y muy de carne, para haber compasión de los hijos y otro de hierro, para sufrir los golpes que la muerte da, porque no derriben al padre o le hagan desmayar, porque en los negocios de Dios ha de estar siempre solícito y vigilante». Este deseo del santo es el que le pedimos a María. Un corazón tierno como el suyo. Un corazón capaz de acoger y comprender. Un corazón misericordioso para sanar las heridas. Se trata de un amor que pacifica, que trae la paz al corazón del hombre: «Cuando amamos aprendemos a mirar, a escuchar, a comprender. Empezamos a darnos cuenta que es fácil intuir al otro, saber lo que piensa, sentir lo que siente, cuándo está bien, cuándo le pasa algo, cuándo algo le hace feliz o infeliz»¹¹. Un corazón así es el que pedimos. Un corazón de carne que acoja y sane. Porque sabemos la gran necesidad del hombre de hoy. Que necesita ser acogido como es, en su debilidad, en su vulnerabilidad. Decía Jean Vanier: «Uno encuentra su sanación interior al poder decir todo a otra persona, en quien tenemos confianza, al ser plenamente acogidos con todo lo que hay de herido y roto en nosotros mismos, con todo lo que, en el pasado, era fuente de culpabilidad. La palabra es liberadora. Atreverse a hablar porque sabemos que seremos escuchados y comprendidos es la forma más realista de hacer caer los muros que hay alrededor de nuestro corazón. Esos muros se basan en el miedo a ser rechazados, desvalorizados, juzgados o condenados»¹². Nuestro corazón ha de ser lo suficientemente cálido como para que los hombres encuentren en él un lugar en el que descansar. Un corazón silencioso que sepa escuchar con paciencia. Un corazón humilde que dignifique al que acoge. En nuestro corazón han de encontrar morada los corazones rotos, los que vienen cargados de heridas, los que traen su debilidad. **En él pueden sentirse en paz, liberados, sin ser juzgados, y siendo aceptados tal y como son.**

Por otro lado, necesitamos un corazón firme, fuerte, como dice la oración, de hierro, como dice S. Juan de Ávila. Necesitamos un corazón fuerte que sepa sostener y cargar las contrariedades y dificultades de la vida. Vivimos, sin embargo, en una época que se nos educa para ser blandos. Todo es fácil, todo tiene que estar al alcance de la mano. Es mejor no hacer ningún esfuerzo para conseguir lo que queremos. Mejor vivir con paz, sin que nadie nos moleste. Entender que nuestro amor ha de ser fuerte nos habla de un amor maduro, firme y sólido. Un amor que no se derrumba ante la cruz ni ante el sufrimiento. Un amor que está dispuesto a dar la vida por el amigo. Un corazón que es una roca donde muchos pueden encontrar amparo. ¿Es nuestro corazón un corazón firme y fuerte? El corazón de María sí que es un corazón fuerte, es un corazón arrodillado con firmeza al pie de la cruz. Es un corazón que sabe aguardar, y no pierde nunca la esperanza, porque entiende que el verdadero amor implica la cruz y el sufrimiento. Necesitamos descansar en el amor de Dios para poder mantenernos firmes y fieles. Ante el sufrimiento nos cuesta mucho mantener la firmeza del corazón. Rechazamos el dolor y huimos de lo que no entendemos. En este tiempo de María queremos crecer en nuestra generosidad y entrega, queremos abrir el alma para que Dios se haga fuerte en el interior. **Queremos dejar que María forje nuestro corazón y lo mantenga unido al suyo.**

¹¹ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 20

¹² Jean Vanier, “Cada persona es una historia sagrada”